

VIDA Y MUERTE DE MARIANO MATAMOROS

Francisco Serrano



Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



**MÉXICO
2010**



VIDA Y MUERTE DE MARIANO MATAMOROS

Francisco Serrano

Un cura guerrero

CUANDO, A MEDIADOS DE DICIEMBRE DE 1811, EL General José María Morelos entró en la ciudad de Izúcar luego de una exitosa campaña militar, se presentó ante él un hombre delgado, más bien bajo de estatura, de expresión a un tiempo enérgica y serena, ojos azules y amplia frente, con cicatrices de viruela en la cara. Era el cura interino de Jantetelco, Mariano Matamoros, y quería unirse a su ejército. Venía huyendo de la prisión en que, acusado de simpatizar con la causa de la independencia, lo tenía recluido el gobierno español.

Había nacido en la capital de la Nueva España cuarenta y un años antes, el 14 de agosto de 1770, y estudiado en el colegio de Santa Cruz de Tlatelolco donde, a los diecinueve años, se graduó de “bachiller en artes y teología”, como entonces se llamaba

a quienes se preparaban para desempeñar la carrera eclesiástica. En 1789 se ordenó sacerdote y fue asignado a diversas parroquias. En 1808 era cura en Jantetelco, al sureste de la ciudad de Cuernavaca.

Morelos simpatizó con él, lo nombró coronel y le encomendó la organización de su propia brigada militar.

Sin perder tiempo, Matamoros convocó a los habitantes de Jantetelco y de otros pueblos cercanos; con los que se le unieron consiguió formar dos batallones de caballería, dos de infantería y un cuerpo de artillería, en total unos dos mil hombres.

Morelos le encargó la defensa de Izúcar mientras él se dirigía a Cuautla y más tarde a Taxco, ciudad que había logrado ocupar poco antes otro de sus lugartenientes, el valiente Hermenegildo Galeana. Después de algunas acciones militares, Morelos pasó a Cuernavaca y después nuevamente a Cuautla, donde entró sin resistencia el 9 de febrero de 1812, al frente de un ejército de más de tres mil hombres. En esa ciudad se le unió Matamoros, que entre tanto había atacado Tenancingo y conseguido recuperar unos cañones que Galeana había dejado caer en manos del enemigo en Tecualoya.

Hambre y enfermedades bajo la metralla en una ciudad fortificada

Al enterarse de que Morelos se había hecho fuerte en Cuautla, el virrey Venegas ordenó al general Félix María Calleja, comandante del célebre y eficaz Ejército del Centro, que se dirigiera a esa ciudad de tierra caliente para tratar de capturarlo.

Comprendiendo que pronto sería atacado, Morelos dio la orden de fortificar la ciudad. Con gran celeridad los insurgentes levantaron parapetos de piedra, cavaron trincheras, construyeron barricadas y acopiaron cuantos víveres y forrajes pudieron.

Calleja llegó a Cuautla el 18 de febrero encabezando un ejército de más de siete mil soldados, y al día siguiente comenzó el asedio.

Morelos había dispuesto que Galeana, Matamoros y Leonardo Bravo, al frente de sus respectivos contingentes, defendieran los puntos estratégicos de la ciudad. Los realistas (como se conocía a los soldados que luchaban defendiendo los intereses de la Corona española) atacaron ferozmente y pronto se generalizó el combate.

Pese a su notoria superioridad numérica y a su mejor armamento, las tropas españolas no conseguían romper las barricadas insurgentes. Una y otra vez, a lo

largo de varios días, sus asaltos fueron rechazados. Los insurgentes resistían con heroísmo y decisión. Calleja, por su parte, no cesaba de pedir más y más refuerzos y pertrechos, dispuesto a doblegarlos, costara lo que costara.

Durante más de dos meses los atacantes intentaron abatir sin éxito las defensas de la ciudad. Adentro comenzó a escasear el agua, casi no quedaban alimentos, tampoco municiones. El calor, la sed, el hambre y las enfermedades agobiaban a los sitiados. La gente lamía el lodo de las calles para calmar la sed, se alimentaba de toda clase de alimañas, trozos de cuero, pedazos de jabón. Muchos morían. El hedor de los cadáveres era insoportable. La situación se había vuelto más que angustiada.

Entonces Morelos ordenó a Matamoros que, al frente de cien soldados, intentara romper el cerco y saliera de la ciudad en busca de víveres. Era el 21 de abril: habían transcurrido sesenta días de sitio. Matamoros se dirigió a Ocuituco, al noreste, para establecer contacto con el general Miguel Bravo, pero ambos fueron derrotados y obligados a retroceder. ¡Habían fracasado en su intento de llevar víveres a los sitiados!

Dos días después, Morelos se decidió a romper el sitio de Cuautla. Lo logró a costa de grandes sacrificios

y de numerosas pérdidas. Con lo que restaba de sus maltrechas tropas pudo llegar a Ocuituco y más tarde a Izúcar, de donde pasó a Chiautla.

Ahí se le unió Matamoros, y el recompuesto ejército insurgente marchó hacia el sur, hacia Tehuacán, en la provincia de Puebla. Y aunque sus huestes fueron sorprendidas y derrotadas en las cumbres de Acultzingo, pudieron finalmente entrar en esa ciudad el 3 de noviembre de 1812.

El organizador del ejército

Matamoros volvió a Izúcar con el fin de disciplinar, uniformar y equipar debidamente a los soldados bajo su mando, un contingente integrado por cerca de dos mil quinientos hombres conocidos como la Sexta Brigada. Formó además un regimiento de dragones, nombre dado a los soldados que combatían tanto a pie como a caballo, al que llamó Batallón del Apóstol San Pedro, cuya divisa era una bandera negra con una cruz de color rojo en el centro y la inscripción “Inmunidad eclesiástica”, lo cual manifiesta su pretensión de que los sacerdotes que, como él mismo, combatían por la independencia, estuvieran exentos de castigo. En esos días, Matamoros le regaló a Morelos un elegante uniforme





bordado con el cual el caudillo insurgente se hizo retratar más tarde (de hecho, es el único retrato realizado en vida de Morelos que se conoce).

La capacidad organizativa de Matamoros fue esencial para los insurgentes. Era sin duda un hombre ordenado, inteligente y culto; tenía “letras”, como decían entonces. Quizá su talento militar no fuera tan agudo como el de Hermenegildo Galeana o el de Nicolás Bravo, pero su sentido de la disciplina, su energía y perspicacia, aunados a su capacidad organizativa y a un evidente don de mando, resultaban muy valiosos. Y así, cuando Morelos decidió nombrar a alguien que lo sustituyera al frente del ejército en caso de faltar él, pese a los mayores méritos del aguerrido Galeana, el Rayo del Sur, como ya entonces llamaban a Morelos, se decidió por Matamoros debido a una razón definitiva: ¡Galeana no sabía leer ni escribir!

Matamoros recibió el nombramiento de teniente general y se le encomendó profundizar la reorganización de las tropas insurgentes.

Una campaña triunfal

Al frente de un ejército de más de diez mil hombres, Morelos abandonó la ciudad de Tehuacán y se dirigió

hacia el sur, sin dar pistas claras de qué rumbo tomaría para no alertar al enemigo. Su objetivo era tomar la ciudad de Oaxaca, ante la cual llegó el 25 de noviembre. Ese mismo día se inició el ataque, tan encarnizado y relampagueante que en menos de dos horas Morelos entraba victorioso en la plaza de la ciudad. Matamoros estuvo a cargo de la retaguardia y, como siempre, se distinguió por su sagacidad y su valor.

A principios de febrero del año siguiente, mientras Morelos con el resto del ejército atravesaba la Sierra Madre del Sur y se dirigía hacia la Costa Chica de Guerrero con la intención de apoderarse del puerto de Acapulco, Matamoros recibió el encargo de permanecer en Yanhuitlán, en la Mixteca baja, pertrechando al ejército.

Permaneció en ese lugar hasta mediados del mes siguiente, cuando salió en persecución del realista Manuel Lambrini, que venía de Guatemala para auxiliar a las desmoralizadas tropas virreinales. Lo derrotó en un sitio llamado Tonalá, en la provincia de Veracruz, el 19 de abril. Después regresó a Oaxaca, donde fue recibido triunfalmente, y de ahí volvió a Yanhuitlán para proseguir con la organización de sus tropas y la fabricación de armas. El 16 de agosto partió para tratar de recuperar Izúcar, que había caído en poder de los realistas, pero

no lo consiguió. Se encaminó entonces a San Agustín del Palmar, dispuesto a atacar un cargamento de tabaco que transportaban de Orizaba a Puebla. Enfrentado al célebre Batallón de Asturias, orgullo del ejército realista, lo derrotó el 6 de octubre de ese año, hecho que sumió en la consternación a las autoridades virreinales. Matamoros se dirigió luego a Tehuiztzingo, donde fijó su cuartel general.

Unas semanas después recibió la orden de marchar hacia Cutzamala para unirse al ejército comandado por Morelos, que había salido de Chilpancingo con rumbo a Valladolid (hoy Morelia), ciudad que pensaba atacar antes de que finalizara el año.

La confusión y el desastre

El 22 de diciembre de 1813, las tropas insurgentes acamparon en las Lomas de Santa María, en la afueras de Valladolid. No se sabe muy bien por qué, en el asalto a la ciudad que después llevaría su nombre, Morelos equivocó la estrategia. Había dispuesto que las brigadas de Galeana y Nicolás Bravo intentaran penetrar lo más rápidamente posible en la ciudad, y aunque Galeana consiguió avanzar hasta las inmediaciones de la plaza, Bravo fue acometido por la caballería realista y



tuvo que retirarse en desorden. Galeana, atrapado entre dos fuegos, estuvo a punto de perder la vida pero logró abrirse paso entre las filas enemigas.

No obstante lo cuantioso de las pérdidas, los generales insurgentes eran de la opinión de no darle respiro al enemigo e insistían en volver a atacar cuanto antes. Sin embargo, Morelos, desoyéndolos, decidió esperar y replegarse.

Al atardecer del día siguiente, Matamoros, que dirigía las operaciones, al parecer erróneamente ordenó a la infantería desplegarse de dos en fondo para pasar revista, movimiento que los realistas aprovecharon para establecer sus posiciones y hostigar aún más a los indecisos insurgentes.

Sorpresivamente, las tropas independentistas, que se habían retirado a su campamento en el lomerío de Santa María, fueron atacadas, rodeadas y desbaratadas por el ejército realista al mando del brigadier Ciriaco del Llano y del coronel Agustín de Iturbide.

Matamoros había recibido el encargo de conseguir carbón para que sus hombres se ennegrecieran la cara y las manos y pudieran atacar sin ser vistos por la noche. Los insurgentes, con la cara y las manos embadurnadas, descubrieron de pronto que también

los realistas estaban pintados: el astuto Iturbide había descubierto la estratagema y ordenó a sus soldados oscurecerse también manos y cara. En un momento dado, en medio de la confusión, los realistas se retiraron y dejaron a los insurgentes matándose entre sí, pues entre las sombras de la noche no distinguían quién era enemigo y quién no.

Las tropas insurgentes se desbandaron. Morelos y sus seguidores se refugiaron en la hacienda de Puruarán y, otra vez en contra de la opinión de sus generales, que aconsejaban el repliegue para recomponerse, les ordenó hacer frente ahí al enemigo mientras él se retiraba a la hacienda de Santa Lucía, en las proximidades de Puruarán.

Poco después los atacaron los contingentes de Llano e Iturbide. Superados en número y armamento, los insurgentes fueron diezmados. Matamoros, que trataba de huir, quiso cruzar un estrecho puente sobre el río. En el intento su caballo cayó muerto, y aunque montó rápidamente en otro no pudo alcanzar el puente. Intentó refugiarse en una trinchera, pero fue descubierto y hecho prisionero.

Un tañido lúgubre

Lo llevaron primero a Pátzcuaro y más tarde, con lujo de violencia, a Valladolid, donde lo expusieron en la plaza a la curiosidad pública. Más tarde se procedió a juzgarlo. Acusado de traición, lo obligaron a retractarse, fue degradado de su condición sacerdotal y condenado a muerte.

Al enterarse de su captura, Morelos ofreció al gobierno virreinal liberar doscientos prisioneros, en su mayoría pertenecientes al batallón de Asturias, a cambio de la vida de Matamoros. Aunque es poco probable que Calleja (ya virrey entonces) hubiera aceptado, la oferta llegó tarde.

Al día siguiente, al alba, sacaron a Matamoros de su celda y lo condujeron frente a los portales de la plaza de la ciudad. El aire estaba muy frío. Comenzaron a tocar las campanas de la catedral. Poco a poco se les fueron uniendo las campanas de todas las iglesias de la ciudad. Era un tañido lúgubre. Matamoros estaba muy pálido. Le vendaron los ojos.

Fueron necesarias dos descargas del pelotón para acabar con su vida. Era el 3 de febrero de 1814. Matamoros había luchado por la libertad de su patria durante poco más de dos años. Tras su muerte, Morelos, que

lo consideraba su lugarteniente más valioso, ya no pudo recuperarse. Poco tiempo después él mismo sería aprehendido, juzgado y pasado por las armas.

Mariano Matamoros fue, sin duda, uno de los generales más ilustres de la guerra de independencia. Enérgico, sagaz, metódico, supo infundir un sentido de disciplina y orden en las milicias insurgentes. Bajo su conducción las huestes que luchaban por sacudirse el dominio de España se convirtieron en un verdadero ejército, bien estructurado y pertrechado, que serviría de ejemplo para los que después siguieron combatiendo.

Los restos mortales de Matamoros reposan en la Columna de la Independencia, en el Paseo de la Reforma de la Ciudad de México.

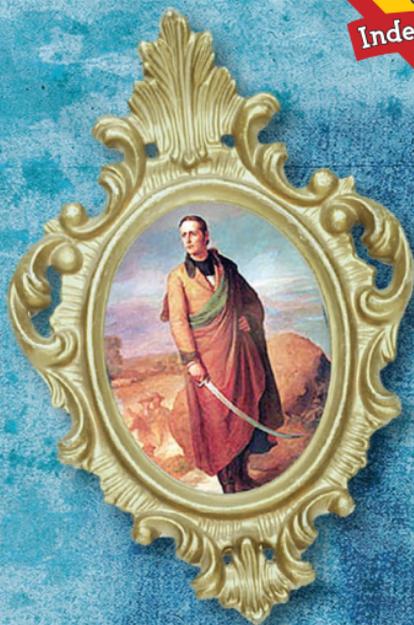




Francisco Ibarra Meza y Mauricio Gómez Morin,
diseño de la colección; Francisco Ibarra Meza, ilustración
de portada; Mauricio Gómez Morin, Tania Juárez y Carlos Vélez,
ilustraciones de interiores; Gerardo Cabello y
Javier Ledesma, cuidado editorial.

D. R. © 2009, Instituto Nacional de Estudios
Históricos de las Revoluciones de México
Francisco I. Madero, 1; 01000 San Ángel, México, D. F.

Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



MÉXICO
2010

